

Breton, un lejano pase hipnótico

Por Teófilo CID

Mientras vacilo entre fenómenos de lúgubre estructura, la evocación de una mañana provinciana llena de anhelos, ágape fácil y amor augural, me veo envuelto en un turbión de sucesos que son los que van representándose en la hora presente, a manera de fantasmas que emanaran desde el fondo de mi propio automatismo psíquico, de mi profunda veleidad moral. Yo puedo vacilar ante las contradictorias tesis que la realidad y el sueño entrecruzan como espadas, espadas que sólo obtuviesen fehaciente vida en la chispa que producen con su choque. "Todo hace creer, dice Breton, que existe cierto punto del espíritu en que la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable, lo alto y lo bajo, cesan de ser aprehendidos como algo contradictorio".

La estremecida existencia de André Breton ha puesto una línea de vivo fuego a las preocupaciones actuales del hombre, desde que, en 1924, publica el primer **Manifiesto**. La derrotada visión racionalista de la vida y los problemas candentes que ella origina, ha sido edificada por el constante ideal de un poeta incuestionablemente mágico que ha puesto al servicio de una visión más amplia y generosa el caudal inagotable de su imaginación extraordinaria y proveedora. El fué quien planteó, primero que nadie, en forma metódica y científica, la necesidad de dar a la poesía un papel preponderante en la actividad cognoscitiva de lo real y del discurso en apariencia atrabilario del pensamiento. Si bien es cierto que aquella empresa había sido ya iniciada por los románticos del mejor período, me refiero a la época de Novalis y de Hölderlin, no es menos cierto que André Breton dió forma a la expresada posición, mediante la formulación de leyes inevitables y positivas. El poema es así una forma de poner al desnudo "el mecanismo real del pensamiento" y posee, pues un valor más que estético, científico.

Pero lo maravilloso en Breton ha sido la eficaz influencia que ha proyectado sobre este último cuarto de siglo, configurando y modelando las versátiles mentalidades contemporáneas. El surrealismo ha llenado estos últimos veinticinco años con la simbología de su lenguaje y ha dado origen a múltiples estratificaciones mentales. La mera mención de una dialéctica, donde se pone en juego el contradictorio devenir del hombre ante la realidad natural y social, nos basta para agradecer inalterablemente la demiúrgica actividad que debió desarrollar este hombre, envuelto, él también, en patéticas y personales contradicciones. Se trataba, antes que nada, de vencer los prejuicios impuestos por el método dialéctico clásico, el cual o daba supremacía al espíritu con desmedro de la materia o ejecutaba lo contrario, dando nacimiento en esa forma a la tesis materialista. Breton, mediante un método diferente, llega a la conclusión de que existe un punto en donde la vida del espíritu no admite antinomia alguna, concepción que la cábala y los místicos habían expresado anteriormente, al referirse al principio de unidad. Michel Carrouges, define el surrealismo, por dicha causa, como una nueva fase del humanismo dialéctico.

El método que ha seguido Breton para llegar a dicha conclusión ha sido expresado por él mismo, cuando habla de su línea, la que según declara va desde Berkeley y los idealistas, pasando por los místicos, hasta los grandes pensadores materialistas como Engels y Marx. Es decir, su método ha sido más que nada poético, pues trata de fusionar las diversas ramificaciones del pensamiento en una sola proyección instigadora. Esta preocupación, central en la actitud de Breton, se advierte en sus obras como una especie de leit motiv que abarca, en ondas periódicas, diversos sectores de la realidad social, individual y artística. Así, en "Nadja", su libro clave, nos hace penetrar en la zona mágica donde lo fortuito, lo casual, adquiere intención de necesidad; en "L'amour Fou", en aquella zona del instinto liberado, donde el amor monógamo de la actual pareja humana es establecido como una culminación histórica, y, en "Arcane 17", nos introduce en el sombrío sector del misterioso porvenir, reivindicando para ello los atributos más fidedignos del pensamiento primitivo y mágico. En la "Oda a Fourier", Breton nos da a conocer, de este último aspecto, el verdadero sentido en que el pensamiento racionalista dominante se mueve a través del oscuro laberinto de los incentivos mágicos, que es de donde verdaderamente extrae toda su savia y energía. Breton, en el fondo, es un enamorado de la idea de unidad, a la cual sacrifica todo, incluso aquellos ideales que en un momento le fueron caros y cercanos. De ahí que, para comprender la autenticidad de su actitud frente a la pluralidad de los acontecimientos contemporáneos, debamos entender exhaustivamente, de antemano, lo que para él significa esa idea de unidad. El cree, como los iluministas del siglo XVIII, y

caso como el mismo Nerval, que la visión del hombre moderno no es aún lo suficientemente integradora, que la realidad se le evade de su aprehensión cognoscitiva, y atribuye la mencionada frustración a una excesiva parcelación de los métodos del conocimiento. La imagen del mundo físico, insinúa Breton, debe corresponder, exactamente, a la imagen del mundo moral. No es, pues, una mera conjetura de carácter retórico su prólogo a las obras de Achim von Arnim, en donde intenta la fusión histórica de los experimentos poéticos de los románticos y las indagaciones de Volta y Galvani. En plena edad atómica, el surrealismo deberá ahondar en el mundo moral, colonizando dicho sector de la actividad humana con aportes análogos a los que suministra la ciencia. La unidad es, determinada en esta forma, un motivo permanentemente instigador y concitante, que lleva a cumplir, al hombre, la totalidad de sus aspiraciones prometeicas. Y sólo en la unidad, encontrará la especie humana su verdadera liberación, por sobre los conflictos económicos, condenados todos ellos a desaparecer.

La influencia de este hombre magnífico ha traspasado las fronteras espirituales de Europa y ha venido a golpear, directamente, el corazón de América. Como en forma tan lírica Juan Larrea lo ha manifestado en peregrino libro, el surrealismo tiene su misión más alta en América, en cuya agreste naturaleza está todo aun por hacer. De el choque de dos culturas, la inmersa en el substratum precolombino, y la europea, el hombre americano deberá coger la chispa de la síntesis y con ella iluminar su actividad futura.

Aunque Breton no ha pisado nunca tierra chilena, él vive entre nosotros, por medio de su influencia, desde el año 1938, año en que el grupo Mandrágora formuló sus más fundamentales principios. Entonces nosotros creíamos, de buena fé, en la posibilidad de crear un movimiento surrealista a la manera francesa, aunque por exceso de modestia disfrazáramos intencionalmente dicho movimiento con un nombre foráneo. El grupo Mandrágora, aparecía, en consecuencia, como algo marginal al movimiento surrealista y por largo espacio de tiempo se le consideró extraño a la influencia de Breton. Me hago un deber en declarar lo contrario. Breton ha estado unido en forma íntima a toda la expresión de nuestro pensamiento, desde que por primera vez nos reunimos en la casa del escritor Enrique Gómez-Correa, Braulio Arenas y yo para echar las bases de la revista que más tarde debía etiquetarnos y agruparnos. Breton nos ha acompañado en las amargas horas de soledad, en las risueñas horas de lucha y Breton nos ha servido de unión cuando la vida sórdida, haciendo uso de sus más viles representantes, ha querido separarnos.

Yo habría deseado que esta nota hubiera reflejado un más extenso paisaje de este mundo luminoso que es la mentalidad del más grande avizor de nuestros días. Desgraciadamente, debo circunscribirme a un espacio determinado. Sin embargo, no querría terminar estas líneas, sin antes referirme a una anécdota, que ya conté en otra parte, pero que sin duda ya nadie recuerda.

Me encontraba en un café del centro, en compañía de un amigo de un poeta que fué mi amigo más dilecto en los días tonificantes de la lucha contra los fantasmas. Habíamos recibido un libro, me parece que "Nadja"; en todo caso, un libro de Breton. Eran los días felices y confiados que precedieron a la guerra. Estábamos abriendo sus páginas, cuando una mujer famosamente rubia, acaso nórdica, se detiene ante nuestra mesa, nos arrebató el cuchillo de las manos y nos amenaza con matarse. ¿Había tal desesperación en su mirada! ¿Quién era ella? ¿Era quizás el alma errante de Nadja? Cada vez que he tomado un libro de Breton entre las manos, la realidad ha estallado siempre en imágenes de índole poética, como si el espíritu del poeta las concitase con un lejano pase hipnótico, despertándolas del material marmóreo en donde la gente las deja dormir.

* * *

Francia siempre ha estado presente en Chile, en la imaginación de todos los chilenos. Ella es nuestra patria ideal, en donde quisiéramos encontramos todos los amigos, en un bello y perpétuo atardecer de abril. Durante el siglo XIX estubo con nosotros por medio de Chateaubriand, Víctor Hugo y Baudelaire. Ahora lo está, con Breton, "padre y maestro mágico" del surrealismo.

T. C.